vacaciones, salía de ellos con alguna nueva mortificación, y así los de casa estaban con atención al efecto que se seguía de sus ejercicios. Y como este año comenzó á excusar las quietes, dijeron que el provecho de aquel año había sido mayor retiro y mayores demostraciones del amor que tenía á la soledad. Y como estaba hecho á tratar con Dios y consigo solamente, llegó á tal término, que no sabía conversar con seglares, como le sucedió con un caballero noble, el cual en cierta diferencia de hacienda que tenía con unos deudos del P. Alonso Guerrero, quiso informarle de algunos puntos para que mediase en aquella causa con su autoridad. Visitóle la primera vez y salió tan confuso, que no osaba decir lo que sentía acerca de la ineptitud que le parecía hallar en el Padre, para entender aquellas materias que por entonces lo atribuyó á mala disposición corporal con que se hallaría el Padre en aquella ocasión, por lo cual dilató para otra el verle. Visitóle á la segunda vez, tornóle á informar lo mismo y hallóle tan inepto esta vez como la primera, juzgando que totalmente no entendía lo que le trataba, ni respondía á propósito, y debiendo salir edificado salió enfadado y dentro de casa dijo á algunas personas: «no conozco á este religioso y no es éste el D. Alonso Guerrero que yo conocí, muy otro se ha hecho de lo que solía ser,» y delante de los seglares lo calificaba por persona falta de juicio y razón. No así otro caballero muy noble, de los que habían concurrido con el P. Alonso Guerrero en el siglo á los actos religiosos públicos y fiestas que en la ciudad de México se celebran, y habiendo oido después al muy religioso Padre un sermón que predicaba en nuestra Iglesia del pueblo de Tepotzotlán, de cuyo partido era Alcalde mayor el dicho caballero, en acabándolo de oir se volvió al Padre Rector de aquel Colegio, y le dijo: «el P. Guerrero, en todos estados y ocupaciones que ha tenido, ha sido perfecto. Cuando seglar, se preció de ser perfecto caballero y llegó á serlo, de suerte que la común aprobación lo confesó por tal; cuando religioso, veo que todos le aclaman y reverencian por religioso perfecto. Cuando en la religión era estudiante, y ahora en este sermón, veo que es perfecto predicador y me ha movido más que otro, porque veo que practica con obras lo que dice con las palabras.»

§ V

De la extremada observancia de la pobreza religiosa que guardó el P. Alonso Guerrero.

El que no poseyó ni gustó de riquezas, regalos ni prosperidades temporales, que se acomode y halle contento en la Religión con la observancia de pobreza que en ella se profesa, no es mucho de maravillar; pero que el que en el mundo gozaba de grande abundancia de todos esos bienes, se halle gustoso, contento y alegre con renunciarlos abrazándose con lo más extremado de la pobreza evangélica, milagro es de la gracia de Cristo que la predicó y que vimos experimentada y ejercitada en el P. Alonso Guerrero, los que no pocos años en el Colegio de México concurrimos con este santo varón, especialmente yo que tuve más interno conocimiento de sus virtudes, por ser Rector

del mismo Colegio cuando ellas en él resplandecían. Tan desasido vivió de todas las cosas y comodidades de la tierra, tan ajeno de todo aquello que podía tener apariencia de superfluo ó regalo, que jamás admitió uno ni ninguno de los que comunmente se suelen admitir con nombre de remedio necesario á nuestra flaca naturaleza; pues aunque padecía muchos y muy continuos achaques, y muy penosas enfermedades, jamás tuvo cosa particular ni regalo que saliese de los límites de seguir la comunidad. Todos en el Colegio eran testigos de esto, pero más noticiosos los de las Oficinas de la Religión, que sumamente edificados de la sobriedad del P. Alonso Guerrero, atestiguaron que no se vió en él cosa que no oliese á una perfecta y religiosa pobreza.

En una enfermedad que tuvo le dieron á un Hermano que le asistía unos bizcochos para que se los fuera dando á su tiempo, según orden del médico. Supo el siervo de Dios que los guardaba en el aposento, y no hubo remedio el consentirlo, antes le dijo: que pues el Superior lo mandaba, los guardase en otra parte y cada noche le llevase uno de limosna. Otra vez le llevó el Hermano ropero un jubón, porque se supo que tenía necesidad de él, y el P. Alonso llevó el que se había quitado á la ropería tan roto, tan destrozado y desarrapado y hecho pedazos, que viniendo á noticia del Padre Rector, ordenó al ropero que para ejemplo común pusiese aquel jubón en un lugar público, y lo mismo se podía hacer de otras cosas que se mudaba. Saliendo una vez todos los de casa con manteos á la Iglesia de San Gregorio, se reparó en que el manteo que llevaba el P. Alonso Guerrero estaba tan viejo, y principalmente por la parte que caía á la espalda tan remendado, que daba que reparar á todos; y así fué ocasión que el Padre Rector, sabiendo que el Padre con dificultad y disgusto le admitiría nuevo, ordenó al ropero le diese un manteo raido. El Padre le admitió por obedecer, y el que dejó estaba tal, que sucedió poco después que un hombre mendigo en hábito clerical vino á la portería á pedir un manteo de limosna, y el Padre Rector, por haber visto cuán malo estaba el que se había quitado el P. Alonso Guerrero, apenas se atrevía á decir absolutamente que se le ofreciese.

Los parientes del P. Alonso tenían por costumbre enviarle algunas veces al año, especialmente por las Pascuas, algunos regalos y otras veces ropa blanca. El santo Padre, sin ver lo que era, cogiendo lo que traían y sin admitirlo dentro de su aposento, lo remitía al Superior para que lo repartiera á los enfermos, y la ropa blanca se llevase á la ropería, sin que él preguntase jamás por ella ni supiese qué era lo que habían traido. Una tía suya dejó en su testamento manda particular y de importancia para que se emplease cada año en hacer ropa blanca para el P. Alonso, y él se hubo en esta manda con la exacción que en todo lo demás, remitiéndola á los Superiores para que viesen cómo querían se dispusiese de ella. Si alguna vez el Ministro le hacía poner en la mesa algo de lo que le habían enviado, para que lo probase, en saliendo del refectorio iba á él, y con muchas veras afirmaba que no había menester nada de aquello, que se le diese á los enfermos, y cuando lo estaba el mismo Padre, prevenía con recados al Padre Ministro, asegurándole que no necesitaba de cosa particular. Y si alguna vez le era necesaria alguna medicina ó cosa de la enfermería, iba él en persona por ella, sin consentir se la llevase otro alguno ni el en-

fermero. A este paso procedía en todas las demás cosas de que usaba, guardando suma pobreza aun en las que eran de devoción, pues unas reliquias que traía consigo, las traía envueltas en un papel, sin otro relicario. Al cuello traía un Cristo pendiente de un cordel tan tosco, que ninguna persona, por pobre que fuese, trajera cosa tan grosera.

Cuando hubo de hacer la profesión del cuarto voto salió, conforme manda la regla de la Compañía, á pedir limosna por las calles, y con ser tan enemigo de Palacio, que fuera de esta vez y las demás que quedan referidas cuando acudió llamado del Virrey, ninguna otra vez, en todo el tiempo que estuvo en la Compañía fué ni entró en Palacio; pero esta vez, por gloriarse de pedir limosna como pobre delante de los que tienen su riqueza por honra, y por entrar en hábito de mendigo donde tantas veces había entrado en traje de poderoso. A tiempo en que el Virrey salía á audiencia, adonde suele ir acompañado de mucha gente, el humilde Padre menospreciador del mundo, yendo con las alforjas con que se acostumbra salir á pedir limosna, se hizo encontradizo á todo este acompañamiento, y como era tan conocido, luego comenzó á hacerse en todo el acompañamiento un ruido y murmullo, que como no sabían la causa extrañaban el hecho, y llegando hasta el mismo Virrey, preguntó S. E. qué era aquello: supo que el P. Alonso Guerrero, que en otro tiempo era tan rico y poderoso, entonces iba á hacer ostentación de su pobreza y á pedir limosna como mendigo en aquel traje, de que el mismo Virrey y algunos caballeros de su acompañamiento quedaron tan edificados como admirados, y creció más la admiración cuando oyeron decir al mismo Padre, que si otras veces se había hallado en aquel lugar y puesto haciendo vana ostentación de lo que tenía en el siglo, aquel día iba á mostrar el aprecio mayor que hacía de la santa pobreza en que con tanto gusto suyo se hallaba. Y sucedió así que ninguna de las otras veces fué tan alabada su riqueza, como esta vez fué su humilde pobreza estimada y alabada.

Uno de los efectos de su pobreza fué determinarse á carecer de todo lo que oliese á comodidad y regalo, y por esta causa se dedicó á decir todo el año la última Misa. Con mucha humildad y gracia solía decir que ésta era su capellanía y que la servía, porque á título de ella le diesen la comida; y esto decía el que había dado el sustento de un Colegio tan grande. Cumplió, pues, el servir su capellanía con tanta puntualidad y exacción, que perseveró en ella y dijo su Misa última hasta un día antes que muriese. Y aunque sucedió que como ya era mucha su edad, que pasaba de 60 años, y los achaques de estómago y la flaqueza extraordinaria con que se hallaba, le dieron ocasión para dudar si algunas veces tomaría un poco de chocolate, y algunos le decían que lo hiciese y dijese Misa temprano, nunca lo quiso hacer ni se rindió á este remedio y ordinario socorro con que se había criado el P. Alonso Guerrero y es muy usual en la Nueva España. (Grande loa y suma mortificación no haber probado este género todo el tiempo que estuvo en la Compañía.) Pero fomentó la duda en que se hallaba, el verse obligado al estudio á que por razón de su oficio y ocupación de Lector debía atender, y llegó la necesidad á tanto, que se determinó á consultar á uno de los Padres Maestros del Colegio, el cual, oyendo la duda y compadecido de sus achaques y falta de salud, fué de parecer que lo tomase cuando se hallase apretado de la

necesidad, y que interrumpiese el tesón que tenía en decir las últimas Misas. Pensó este Padre que había recabado algo con el santo varón con las razones que le había dicho; pero dentro de uno ó dos días volvió á él significándole cuán corrido estaba de sí mismo y pidiéndole perdón de haber consultado con él aquella necesidad, que él llamaba fingida, afirmándole que se había arrepentido mucho de aquel pensamiento y propuesto de no admitirle otra vez en su vida.

§ VI

De la perfección de otras virtudes religiosas del P. Alonso Guerrero.

Fué tan rara y continua su obediencia, que habían menester los Superiores andar con mucha advertencia en lo que le ordenaban, porque sabían que él no había de repugnar á nada, y que aunque fuese muy á costa suya se había de atener á lo que sonaban las palabras. Ejemplo puede ser de esto, que en algunas ocasiones, como es la Semana Santa, por no haber entonces suficiente número de confesores en el Colegio, ordenaban los Superiores que se desocupasen los Padres Lectores de otras ocupaciones para asistir en el confesonario. Estas veces acontecía que siendo ya muy tarde y no habiendo quien se confesase, el P. Alonso Guerrero se estaba en el mismo lugar que le había señalado el portero para que confesase; y diciéndole que ya no había confesiones, respondía que era gusto de los Superiores que por aquel tiempo se ahorrase de otras ocupaciones, y que así no las osaba tener ni salir del orden de los Superiores. También sucedía que algunas veces al tiempo de las quietes, que por haber venido la comunidad del campo, en algunos días de asueto, y por venir cansados no acudían á ellas por irse á descansar, y el Padre como nunca iba á asueto en acabando de cenar, aunque sabía que no habían de acudir los demás á aquel lugar, y por esta causa no se habían en él encendido luces, él se iba á la sala de la quiete y estaba allí solo y á oscuras por entender que obligaba á esto la obediencia, hasta que tocaban á salir de aquel lugar.

Otros casos sucedían que se puede dudar si se deben contar por actos de obediencia ó de cortesía, porque en esto segundo era tan extremado el P. Alonso Guerrero, que jamás se entendió de él que con grandes ni pequeños hubiese faltado á ella; antes era tan puntual, que daba que reparar cómo un hombre, por una parte tan despegado y solitario, por otra fuese tan advertido en esta materia, que siempre estaba en los puntos de cortesía, de suerte que á todos prevenía con ella y ninguno llegaba á su celda, á quien no recibiese con agrado, levantándose con el bonete en la mano y usando de mucho comedimiento. Y aunque estas acciones las pudiéramos atribuir á su cortesía, porque esa aun siendo seglar como noble la guardó, pero parece cosa muy religiosa y de mayor alabanza suya, atribuirlas á la obediencia. Notábanle que cuando el Padre Provincial estaba ausente en la visita, todas las veces que este obedientísimo varón pasaba por delante de su aposento se quitaba el bonete y hacía una reverencia, como si encontrara en aquella puerta al Padre Provincial. Y concordaba

con esto lo que muy ordinariamente solía decir, que él nunca miraba á la persona del Superior, sino á Dios Nuestro Señor en él. Cuando encontraba á los Padres Ministros se paraba con el bonete en la mano esperando que pasasen, y como uno de los Padres reparase en este señalado comedimiento, el P. Guerrero respondió: que él tenía obligación de hacerlo y le parecía cumplir con la regla que dice, todos tengan á los Superiores gran reverencia y reconozcan á Dios Nuestro Señor en ellos.

A esta virtud de la obediencia se puede reducir lo que este virtuosísimo Padre guardaba cuando visitaba los enfermos, en lo cual era tan exacto, que ninguna otra licencia tuvo general, sino para esta obra de misericordia, como se halló escrito en un papel suyo después de muerto. Y con ser así que jamás supo nuevas, ni las quiso oir, ni había ninguno que se las osase contar por el disgusto que recibía, apenas había en casa enfermo que hiciese cama, cuando luego lo sabía. Y hacía sus visitas con tanta edificación, que si bien los procuraba consolar como lo manda la regla, jamás mezcló conversación que no fuese muy religiosa, y porque algunas veces ordenaban los Superiores que no estuviesen con un enfermo más de dos, si los hallaba allí cuando iba, no entraba, y si entraba, no era posible recabar con él que se detuviese.

Estuvo siempre tan resignado todo en las manos de la obediencia, y tan dejado á que dispusiesen de él á su voluntad los Superiores, que jamás les pidió puesto, ni ocupación ni mudanza, sino sólo una, y esa fué tal, que en ella resplandeció más su humildad, su despego del mundo y de parientes, su celo de ayudar á las almas de los pobres Indios y de padecer trabajos por ellas; esto fué pedir cuando se ordenó de sacerdote que le enviasen á las remotas misiones, que entre gentes bárbaras tiene esta Provincia. Y fué esto tan deveras, que siendo así que ni pedía, ni aun quería admitir cosa que parientes le enviasen, en esta ocasión pidió á su hermano le acomodase de una cabalgadura á propósito, porque el camino era de doscientas leguas y el Padre padecía de achaques de quebradura, y con todo se ofrecía para ministerio en que se padecen tantos trabajos. Pero esto no tuvo efecto, porque no se lo concedió la santa obediencia, á que siempre estuvo rendido el P. Alonso Guerrero.

Si queremos venir á escribir de su ejercicio y trato continuo que en la oración tenía con Dios, podremos decir que fué tan extremado cuanto lo fué el retiro y despego de cosas de la tierra, porque lo cierto es, que al paso que descrece el uno, se aumenta y crece el otro. Cuantos ratos podía, ó por mejor decir, continuamente se daba este varón admirable á la oración, y cuantas palabras hablaba ó acciones hacía, olían á oración. Tenía hecha su división del tiempo con tan grande concierto, que no tenía cuarto de hora que no estuviese dedicado á particular ocupación. Pero en particular, antes de tocar á la Letanía que se usa decir cada día en la Compañía, tenía dedicada hora y media al ejercicio santo de la oración, porque aquella hora estaba siempre sin luz.

Los tiempos que entre año hay de vacaciones ó de cualquiera interrupción de lecciones, jamás salía á parte ninguna, y muchos tuvieron curiosidad de ver en qué se ocupaba, porque aunque se le preguntaba, el Padre no respondía más de que á un religioso nunca le faltaba en que ocupar el tiempo, y así jamás pudieron entender otra cosa, sino que el tiempo que había de leer ó estudiar las materias de su cátedra, lo conmutaba en oración.

Siendo, como se ha visto, este siervo de Dios tan señalado en todas virtudes, no parece se puede poner en duda que Nuestro Señor le visitaría y regalaría con muchos y muy particulares favores en ejercicio á que era tan singularmente aficionado como el de la oración, y es cierto que se pudieran tener muchos ejemplos de edificación en esta materia, si no fuera el Padre tan retirado y recatado que nada de esto comunicaba ni trataba con nadie, guardando su secreto para sí: coligióse esto de algunos sucesos de que se tuvo noticia, y si el Padre no tuviera tan sobrado cuidado de encubrir favores de Nuestro Señor, supiéramos muchas dulzuras con que su Majestad lo regaló. Pero no fueron tan ocultas que no se descubriese alguna cosa de ellas, como fué lo que sucedió á un Hermano muy siervo de Dios que ejercitó muchos años el oficio de enfermero y juntamente tuvo oficio de despertador, el cual una mañana yendo á dar luz al P. Alonso Guerrero, le halló en medio de su aposento estático y elevado en Dios, alto del suelo, de suerte que todo el cuerpo tenía elevado en el aire, y llegándose cerca le habló y tocó, y se certificó del caso, y viendo que no le oía, cerró la puerta y prosiguió dando luz á los demás. Y aunque el Hermano hablaba con algunos del Colegio del caso, sin declarar la persona á quien le había sucedido, noticioso de esto el Padre Rector, que era entonces el P. Luis de Ahumada, llamando al Hermano, le preguntó lo que en esto había, el cual añadió otros muchos sucesos en su confirmación. Pero con todo, el Padre Rector por particulares razones que entonces tendría, y en especial por ser regla de Nuestro Padre San Ignacio que en la Compañía se haga más caso de las virtudes sólidas y perfectas que de otras señales exteriores, impuso silencio al Hermano para que no lo tratase con nadie, y advirtiendo que con todo el Hermano se inclinaba mucho á contar esta y otras muchas cosas que había alcanzado de los favores que Nuestro Señor hacía á su siervo, juzgó ser necesario mandarle con precepto que no tratase de ellos; pero los de casa coligieron de las circunstancias ser el arrobado el P. Alonso Guerrero.

Argumento también fué que confirma los particulares favores que tuvo de Nuestro Señor, lo que le aconteció con un Hermano que entonces era discípulo suyo en el curso de artes, el cual llegando una vez á las tres de la tarde al aposento de su Maestro á llamarle para un negocio forzoso y que no consentía dilación, y como habiendo llamado algunas veces á la puerta con el modo común, no le respondiese, se vió obligado á dar mayores golpes á los cuales tampoco le respondió; fuéle á buscar á otras partes preguntando por él. Y como el Padre nunca estaba fuera de su aposento, presumió que estaría en él, y volviendo otra vez dió muchos y mayores golpes, y como tampoco respondiese se determinó á abrir la celda y entonces vió que salía el Padre con el rostro tan encendido, que seriamente aseveró no poder ser otra la causa de no haber respondido, sino que estaba en oración, tan entretenido con Dios, que, ó no oyó los golpes ó no pudo desasirse de la suavidad y deleite de su divina conversación.

De este ejercicio de oración le nacía al P. Alonso Guerrero el afecto á la mortificación y penitencia que en él era muy singular, y una vez se halló un cilicio suyo, que aunque era áspero, estaba tan lleno de

animalillos que suelen causar dolor con sus importunas picadas, que se juzgó era mayor el tormento que recibía de esto, que del mismo cilicio se le podía seguir. Y aun podemos decir que toda la vida del P. Guerrero fué un continuo ejercicio de oración y mortificación. Su silencio perpetuo, pues en tantos años jamás se vió que le quebrantase, buscando él ni admitiendo alguno para hablar fuera de los tiempos señalados para la recreación cuando acudía á ella. Y lo que se advertía en él, era un perpetuo ejercicio de la presencia de Dios en que se ocupaba con tanto gusto, que muchas veces aun en los actos públicos estaba hablando con Dios y respondiéndole, lo cual era tan común, que ya no causaba novedad á los de casa que en algunas ocasiones y lugares públicos le oían decir: Sí, Señor; sí, Señor, y repetir esto muchas veces, sabiendo que estaba en un perpetuo ejercicio de trato con Dios.

§ VII

Dichoso tránsito de esta vida mortal del P. Alonso Guerrero.

A esta santa vida se siguió su dichosa muerte, en que quiso Dios premiar á su siervo y llevarle á descansar. Sintióse falto de salud, seis ú ocho días antes de su muerte, en los cuales frecuentó también más que lo ordinario el aposento de su confesor, porque cada día muchas veces le fué á pedir que encomendase á Nuestro Señor un negocio que traía entre manos, que le hiciese con cuidado, porque no era negocio ajeno, sino propio suyo. Su confesor (que era el P. Bernardino de Llanos), como le vió tan solícito, decía á los que le visitaban por estar enfermo: «Sin duda el P. Guerrero se quiere morir, porque viene muchas veces á decirme que encomiende á Dios un negocio suyo, y él no tiene otro sino el de su muerte y salvación.» Anduvo con esta solicitud en este tiempo el P. Guerrero, hasta que dos días antes que muriese, dijo al enfermero que se sentía muy falto de salud, y diciéndole así el Prefecto de la salud como el enfermero que irían á llamar al médico, respondió: «déjeme decir Misa, que me conviene decirla hoy, y después Dios hará de mí lo que quisiere.» Hallóle el médico con grande calentura y dolor de costado, y aunque el Padre era afligido otras veces de esta enfermedad, al presente dándole particular cuidado al médico, ordenó que se tuviese mucho cuidado con el Padre; pero ni por esto, ni por la trabajosa noche que pasó, dejó de decir Misa el día siguiente, que fué un día antes de su muerte. El médico y todos decían ser la enfermedad muy grave, y el venerable Padre, aunque tan fatigado que ya se comenzaba á publicar ser el achaque de muerte, no por eso interrumpió su ejercicio de oración, y aunque los dolores y congojas que padecía eran terribles, fué cosa notable que aquella tarde, víspera de su muerte, de repente se le quitó el dolor, de que el médico sintió muy mal. El siervo de Dios tenía grandísimo deseo de que le diesen todos los sacramentos, y así desde las cuatro de la tarde hizo más diligencia que las ordinarias, en orden á que para este efecto le viesen los médicos (parece según deseaba esto, que tenía ciencia superior de que le quedaba poco de vida), en todo este tiempo se le oyeron repetir dos cosas muchas veces. La primera: *Domini sumus,*

Domini sumus; la segunda: «Gracias á Dios que me muero sin que me duela pie ni mano.» Visitóle el médico, y así porque la enfermedad le pareció muy peligrosa, como por la instancia que el Padre hacía, dijo que le diesen luego el Santísimo Sacramento por modo de Viático, lo cual oido del humilde Padre, mostró haber recibido extraordinaria alegría y dió varias veces gracias á Nuestro Señor, de que le hubiese de recibir aquella noche. Recibióle con suma devoción y edificación de todos, y después de esto le vinieron varias congojas, y le afligieron de suerte que con ser tan grande su paciencia, descubría ser extraordinario el tormento que pasaba. Esto duró hasta cerca de las doce, en cuyo tiempo, viéndose muy fatigado de sed, dijo: «mucha sed padezco, pero gracias á Dios que presto iré á beber de aquellos copiosos y cristalinos ríos que salen del Paraíso.» Acabáronse aquellas congojas, y viendo su compañero que estaba con gran quietud y paz, le dijo: que él y otros dos que estaban señalados por la obediencia para que le asistiesen y durmiesen en su aposento, le querían hacer la cama para que reposase lo que restaba de la noche. Tomándole entonces la mano uno de ellos, que era sacerdote, y haciéndole instancia, le respondió el Padre con su acostumbrada cortesía: «Padre, anoche fué la noche del trabajo, ésta no será sino la del descanso;» añadiendo siempre: Bendito sea Dios, y consiguientemente hizo las diligencias siguientes, con que no pareció se podía poner en duda que sabía con toda certidumbre que aquella noche era la última de su vida y que no había de amanecer. Compuso la ropa de la cama sin levantarse de ella, arrimó á la pared la almohada, y sin acostarse del todo, incorporado en la cama, dijo: que así había de pasar aquella noche. Púsose un paño encima de la cabeza y se lo apretó con una cofia, y pidiendo unas reliquias que tenía las apretó mucho con las manos, y luego dijo á los que le asistían que se saliesen de la alcoba y que durmiesen sin cuidado, porque él no había menester nada, y que así no entrasen allá, si él no los llamaba, y con esto se despidieron del Padre y todos tres le dejaron cubierto con la ropa de la cama y los brazos puestos sobre el pecho. Notando el modo con que le dejaban y dudando cómo podría dormir sin acostarse del todo, habiendo padecido poco había tantas congojas y aflicciones, y siendo tan terrible la enfermedad de dolor de costado que padecía, alguno de ellos dijo: que bien en breve sería necesario tornarle á asistir. Pero el admirable varón les dijo: que se fuesen y les aseguró de que aquella noche no los había menester; hiciéronlo así, y en toda la noche no oyeron ruido ni juzgaron ser necesario preguntarle nada.

El suceso fué, que pasada la noche, á las cinco de la mañana entró el Padre Ministro á saber cómo la había pasado aquel, le respondieron los compañeros que estaba quieto y que imaginaban que todavía dormía; dejólo por entonces, pero dentro de poco volvió y pareciéndole que era justo entrar en la alcoba, halló la ropa compuesta de la misma manera que había quedado la noche antes, el cuerpo medio incorporado en la cama, los brazos cruzados ante el pecho, como se los vieron poner y hablándole no respondió. Viendo esto el Padre Ministro llegó á tocarle y hallóle helado, y concurriendo los que allí estaban, vieron que estaba muerto con la misma composición, y porque poco antes le habían dejado vivo, causóles grande reparo que tenía los ojos cerrados como si alguna persona hubiese asistido á su muerte

para cerrárseles; siendo así que si no hay quien los cierre y componga el rostro del difunto, en helándose los miembros suelen quedar los ojos y la boca con fealdad, por no poderse entonces componer, y así parece que murió como Moisés *in osculo Domini*. Con que acordándose de todo lo pasado los que allí estaban, entendieron que él dispuso las circunstancias de su muerte como quien la sabía; ésta fué á 28 de Marzo de 1639 años. Causó espanto que muriese con tanta paz y con tan singular quietud, que ni un vuelco diese ni hiciese una demostración, de las muchas que lance tan riguroso suele causar y que pedía la enfermedad que poco antes le había causado tales congojas y aflicciones. Pero la respuesta que satisfizo á todo fué, que murió con aquella misma paz y con aquel mismo silencio y retiro con que había vivido, sin que supiese su muerte más que Dios, como no había tenido más testigos que Dios y él en su vida. Causó esta manera de muerte gran admiración, y quedaron todos los que la supieron sumamente edificados, hallando cada uno cosas particulares que rumiar y ponderar, que á todo esto dió ocasión un género de muerte tan pacífico y tan quieto, y á que habían precedido circunstancias que denotaron la certidumbre con que este admirable Padre procedió en todas sus acciones desde que se sintió tocado de la enfermedad.

Concurrieron á su entierro algunos de sus deudos y muchas personas nobles, así eclesiásticas como seglares que acertaron á saberlo, porque como no se avisó á nadie y el tiempo de la enfermedad fué tan breve, y la muerte tan no pensada y en tiempo tan ocupado, porque sucedió la víspera del glorioso Patriarca San José, en la cual, por ser el santo Patrón de los Reinos de la Nueva España, hay vísperas solemnes en todas partes; no hubo la frecuencia de gente que hubiera si no hubiesen concurrido todas estas circunstancias, que aun del haber concurrido ellas, y suceder en tal día la muerte, se persuadieron muchos había sido petición suya para morir tan sólo como había vivido y huir de ruidos, aun en su entierro. Con todo, concurrió el Cabildo eclesiástico y después mostraron sentimiento muchas personas, así religiosas como seglares, de que no se les hubiese dado parte de su muerte, para hallarse en el entierro. Poco después de la muerte de este siervo de Dios y el año de 1640, el P. Luis de Bonifaz, Rector del Colegio de San Pedro y San Pablo de México, hizo imprimir esta santa vida del P. Alonso Guerrero, á quien con razón intitulamos ejemplar de menosprecio del mundo, porque verdaderamente fué raro ejemplo de esto, como se echa de ver por todo el discurso de su vida que queda referido.

CAPITULO XXIV.

Vida y excelentes virtudes del P. Agustín de Quiroz, de la Compañía de Jesús, Visitador que fué de la Provincia de Nueva España. Año de 1622.

§ I

Su entrada en la Compañía y primeras ocupaciones en que lo puso la santa obediencia.

Aunque lo más de la vida del venerable P. Agustín de Quiroz, la pasó en España y Provincia de Andalucía, donde se crió, entró en la Compañía, y desde la primera edad hasta la última, fué creciendo como la luz del día en aumento de virtud, santidad y letras, hasta llegar á la cumbre de un varón consumado en religiosa perfección, y por esta causa parece que más pertenecía á aquella muy religiosa Provincia, el escribir las muy señaladas virtudes de sujeto que crió con la leche de su doctrina, y después lo tuvo por Maestro y Superior; con todo, por haber gozado (aun por el poco tiempo de su gobierno) su apacible y santa compañía nuestra Provincia de la Nueva España, siendo su Visitador, y haber sucedido su dichosa y santa muerte en nuestro Colegio de México, me hallo obligado á escribir en esta Historia la vida, virtudes y feliz tránsito de esta vida mortal á la eterna de tan santo varón.

Nació el P. Agustín de Quiroz en la Ciudad de Andújar en la Andalucía, de padres muy calificados y nobles: y así en las Inquisiciones de Sevilla, Granada, Córdoba y en la de este reino de la Nueva España, tuvo el título de calificador del Santo Oficio, que ejerció por muchos años, cumpliendo con las obligaciones de su nobleza, letras y Religión. Desde sus tiernos años trataron sus padres de su educación instruyéndole en las virtudes cristianas que abrazó con cariño por la docilidad de su buen natural. En las primeras letras mostró no sólo vivo y despierto ingenio, sino tal aplicación, que todos sus gustos y entretenimientos eran los libros (pronosticando aun desde esta tierna edad, que su larga vida se había de emplear en la universal noticia de las ciencias que felicísimamente alcanzó). Fué recibido en la Compañía de edad de 15 años, y llevado al noviciado donde se echan los fundamentos de toda virtud y perfección religiosa. Se aplicó de suerte á todos los ejercicios de ella, que su ejemplo era estímulo que alentaba á todos los demás Novicios para correr en el camino de la virtud. Acabado su noviciado pasó á los estudios de facultades mayores de Filosofía y Teología. Si bien interrumpidos, pues acabadas las artes le ocupó la santa obediencia en leer Gramática por espacio de cuatro años, acudiendo á este ministerio con tan gran cuidado y estimación del fruto que se coje de criar la juventud en virtud y letras, que pidió á los superiores le ocupasen y continuasen en él toda su vida. Esto no se lo concedieron por haber reconocido en él muy aventajado talento